

Palabra
NUEVA

SEGMENTO

BIOÉTICA

base para un diálogo social



SEGMENTO

por Monseñor Lorenzo ALBACETE*

Palabra 29
NUEVA



Agradezco profundamente a Su Eminencia el Cardenal Ortega, al Doctor René Zamora, y a los directores del Centro Juan Pablo II por darme esta oportunidad de participar en este histórico encuentro.

Mis sentimientos en este momento se originan en una parte bien profunda de mi corazón. Soy de Puerto Rico y vivo en la ciudad de Nueva York, donde fueron diseñadas conjuntamente las banderas de Puerto Rico y Cuba, y como puertorriqueño, siempre me he sentido cerca del pueblo de Cuba, la "otra ala" de una sola ave, como nos llamaba la insigne poetisa. Además, personalmente, el venir a Cuba es revivir las memorias más poderosas de mi padre, a quien la muerte inesperada no permitió cumplir la promesa de traerme a La Habana, donde venía frecuentemente para un tratamiento médico. Siendo entonces su único hijo de 5 para 7 años de edad, sus ausencias durante esos viajes eran un trauma doloroso para mí. Creo que nunca he llorado tanto como cuando despedía el barco que traía a mi padre a Cuba por tiempos que me parecían interminables. Todos los días él me enviaba una postal de La Habana con fotos de lugares que prometía enseñarme personalmente cuando fuera más grandecito y pudiera acompañarlo en sus viajes. Yo me pasaba pensando en el caminando por las calles y descansando en los parques y plazas que se veían en las postales y adonde tenía yo tantos deseos de acompañarlo. Nuestro viaje no pudo realizarle, pero yo siempre tuve en mente venir a ver esos lugares en su memoria. Cuando por fin tuve la posibilidad de hacer el viaje, éste se hizo políticamente imposible por razones bien conocidas. No fue hasta 1989 en que por fin se cumplieron mis sueños, y desde entonces, en 1997 y 1998 cuando pude otra vez regresar, cada viaje ha representado para mí un encuentro con la memoria de mi padre. En esta ocasión siento además el particular honor de hablar en público y ofrecerles algunas de mis ideas. Me gusta imaginarme a mi padre orgulloso al ver desde

el cielo a su hijito mayor dando esta conferencia en el lugar donde él soñaba tanto estar conmigo.

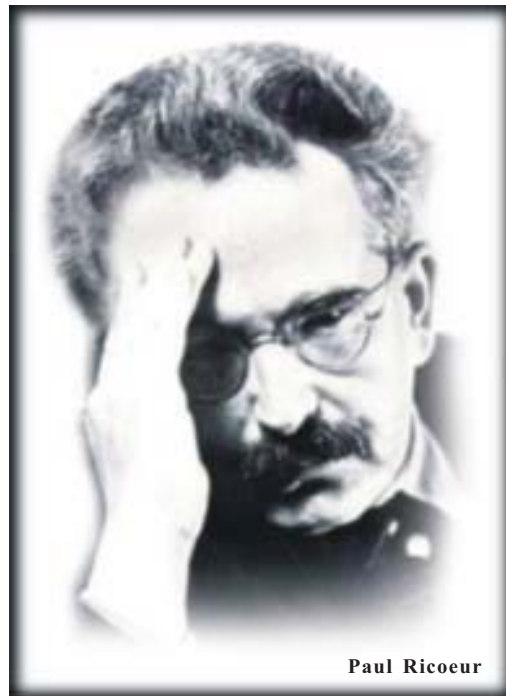
Me conmueve esta ocasión también por la oportunidad que me da de presentar la visión de Su Santidad Juan Pablo II, quien hace cinco años desde esta ciudad pidió al mundo que se abriera a Cuba, y a Cuba que se abriera al mundo. Juan Pablo II ha tenido también un papel clave en el desarrollo de mi manera de pensar acerca de la vida humana, sobre todo acerca del encuentro dramático entre ciencia y fe que caracteriza nuestro tiempo y del que depende gran parte del futuro de la humanidad.

Antes de ser sacerdote yo fui científico por profesión y siento un enorme respeto y un gran amor por la investigación científica. Trágicamente, esta investigación y la ayuda que ha dado a la humanidad han sido vista por muchos como posible solo en oposición a

**A PESAR DEL ENORME PROGRESO
EN LAS CIENCIAS BIOLÓGICAS
SABEMOS MENOS
LO QUE ES LA VIDA HUMANA.
NI SIQUIERA SABEMOS
CUANDO PRECISAMENTE
COMIENZA O TERMINA DE EXISTIR.
POR ESO LAS DECISIONES
SOBRE EL VALOR DE LA VIDA
EN DETERMINADAS CIRCUNSTANCIAS
(PARTE ESENCIAL
DE LA LLAMADA BIOÉTICA)
NO PUEDEN BASARSE SIMPLEMENTE
EN LOS RESULTADOS
DE LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA.**

la influencia o poder de la Iglesia Católica. El caso de Galileo es siempre paradigmático de esta situación. Desde mi ordenación, siempre me he encontrado con personas que se preguntan cómo puedo ser sacerdote católico y defensor de la ciencia moderna. En mis estudios filosóficos y teológicos, por lo tanto, he tratado de buscar las razones que expliquen *la falta de oposición* que siento en mi corazón entre mi amor por la ciencia y mi fe católica. El construir puentes entre las dos ha sido siempre una de mis mayores preocupaciones como sacerdote, y fueron precisamente mis experiencias en ese campo las que interesaron al Cardenal Karol Wojtyła, el futuro Papa Juan Pablo II, cuando lo conocí en 1976, dos años antes de su elección. Desde entonces, he estudiado detalladamente su obra filosófica y teológica, y como uno de los fundadores del Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre Matrimonio y Familia en Washington, y miembro de la facultad romana de este Instituto fundado por el Papa en Roma, he tenido el privilegio inolvidable de escucharlo hablar sobre la necesidad de construir *una antropología que sirva de base para el diálogo entre creyentes y no creyentes*, especialmente sobre las grandes interrogativas éticas que levanta el progreso de las ciencias biológicas. Una de las inolvidables experiencias en mi vida fue el estar presente cuando el Santo Padre, los cardenales del mundo, y el cuerpo diplomático en el Vaticano, participaron en un encuentro de la Pontificia Academia de las Ciencias en honor de Einstein, oyendo una conferencia dictada por el insigne físico Paul Dirac, *en el mismo salón donde fue condenado Galileo*.

Especialmente durante los últimos cinco años mi trabajo como director eclesialístico del Movimiento Internacional Católico *Comunión y Liberación* en los Estados Unidos, siguiendo el carisma de nuestro fundador, Monseñor Luigi Giussani y su pasión por las culturas que expresan los deseos del corazón humano, y por el diálogo entre ellas, y como miembro del Centro para Ciencia y Fe de la Universidad de Colombia en Nueva York, me he visto



Paul Ricoeur

rodeado de autores, periodistas, intelectuales, y artistas de gran influencia cultural en los Estados Unidos, donde he podido confirmar la sabiduría de la obra del Santo Padre y otros pensadores católicos que han tratado y tratan de construir puentes para el diálogo entre la Fe y la cultura tan influenciada por el razonamiento científico. Es en ese espíritu que me atrevo a presentarme ante ustedes para subrayar el deseo de la Iglesia Católica, siguiendo el ejemplo de Juan Pablo II, de servir aquí en Cuba, como en otras partes del mundo, como lugar de encuentro y diálogo entre científicos y pensadores de diferentes creencias y convicciones filosóficas, tratando de crear un consenso sobre las maneras en que los descubrimientos de las ciencias biológicas modernas *puedan ayudar a la sociedad cubana* y a la humanidad, estableciendo así la base de un diálogo social.

El reconocimiento de la necesidad de tal *bioética* indica que ya se ha superado un gran obstáculo que existe para el diálogo. Me refiero



a la *convicción de que la investigación científica no conlleva ninguna dimensión ética*, ya que representa una manera de descubrir los procesos de la naturaleza que son como son y que de por sí no apuntan a ningún orden ético en particular.

Este punto de vista es el primero que debe superarse para emprender el camino de un diálogo sobre la ética que debe inspirar la investigación científica y sus aplicaciones tecnológicas.

La palabra bioética indica que tiene que ver con "la ética de la vida". Un diálogo sobre bioética, por lo tanto, presupone que existe un acuerdo acerca de lo que se está hablando cuando se habla de la vida y la ética.

La palabra ética viene de la palabra *ethos* y se refiere a la posición que cada persona asume frente a la realidad. Es algo así como una *predisposición* de la inteligencia y/o las emociones. El problema es que, visto así, el concepto de *ethos* no tiene sentido desde el punto de vista de la investigación científica.

Esto es así porque al principio del método de investigación considerado hoy como científico, y que se remonta a los principios del siglo XVII, se encuentra un acto de *reducción* del fenómeno investigado. El concepto de la "razón" que requiere la investigación científica moderna está sujeto a este proceso de reducción. Todo lo que no es sujeto de esta reducción es juzgado irracional, y por lo tanto de ningún interés para la ciencia que busca resultados con validez universal. El propósito de esta reducción es el eliminar del campo de la evidencia científica a todo lo que se origine en los sentidos a través de los cuáles las personas humanas reconocen, interpretan y juzgan las realidades que impactan en sus vidas. De acuerdo al método de investigación considerado científico, el conocimiento de la realidad por medio de las experiencias sensibles debe ser superado. La reducción científica es por lo tanto una *reducción de la sensibilidad* ante la realidad, una reducción

en la manera de ver las cosas. Las realidades visibles a través de este método, por lo tanto, no apuntan a ningún significado sobre la base de una totalidad que vaya más allá de lo que pueda expresarse matemáticamente. De acuerdo a este punto de vista, una discusión de lo que es o no es ético no debe de tener ninguna consecuencia para la investigación científica. Por lo tanto, para esta mentalidad, la *bioética* simplemente no existe, y las diferentes posiciones adoptadas son resultado de preferencias individuales o culturales que son totalmente irracionales, y por lo tanto, lo que se hace o no se hace se decide a través de una lucha de poder.

Pero no es solamente la ética la que parece estar fuera de toda consideración fiel a la reducción científica. Esto parece destruir también la experiencia de lo que llamamos vida.

Desde el punto de vista de la investigación científica, es difícil llegar a una *definición* de lo que significa la vida que no conlleve ya un *prejuicio ético*, por llamarlo así. Desde el punto de vista científico, *lo que se llama vida, es un conjunto de procesos que de por sí, individualmente, no significan nada, sino que simplemente son como son.*

Es importante subrayar que este resultado no depende de la investigación biológica en sí con su característica propia, sino que se debe a una *decisión metodológica* al inicio de la investigación, que expresa *una postura antropológica, una antropología particular no impuesta por la investigación, sino por una decisión tomada a priori.*

Según este principio, la investigación de los fenómenos biológicos es orientada hacia el funcionamiento de sus bases químicas y físicas, con la consecuencia que al fin de tal investigación no encontramos otra cosa, sino procesos químicos y físicos sin ninguna referencia a la experiencia que llamamos *la vida*. Por eso, *el significado humano de la vida, donde yace su dimensión ética, no entra dentro de la perspectiva de la investigación biológica*, lo que deja sin ningún significado la bioética. Ni ética, ni bio –no puede haber

Monseñor Lorenzo Albacete



**ANTES DE SER SACERDOTE
YO FUI CIENTÍFICO POR PROFESIÓN
Y SIENTO UN ENORME RESPETO
Y UN GRAN AMOR
POR LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA.
TRÁGICAMENTE, ESTA INVESTIGACIÓN
Y LA AYUDA QUE HA DADO
A LA HUMANIDAD
HAN SIDO VISTA POR MUCHOS
COMO POSIBLE SOLO EN OPOSICIÓN
A LA INFLUENCIA O PODER
DE LA IGLESIA CATÓLICA.
EL CASO DE GALILEO
ES SIEMPRE PARADIGMÁTICO
DE ESTA SITUACIÓN.**

diálogo si no se sabe de lo que estamos hablando.

La biología definida por esta decisión reduccionista original no dice nada acerca de las profundas experiencias humanas que tenemos en mente cuando hablamos acerca de *la vida* y sus desafíos, sus oportunidades, sus alegrías y sufrimientos, su fuerza y su precariedad. Si desde un principio se descartan estas experiencias como pura apariencia sin ningún valor, no vamos a encontrar nada en ellas en las conclusiones finales. Habiendo excluido de la investigación la vida desde el punto de vista fenomenológico o sensible, esta visión de las ciencias biológicas no podrá volver a encontrarla al final. Tiene razón el biólogo Francois Jacob cuando escribe que "los procesos que ocurren al nivel microscópico en las moléculas de los seres vivos no se distinguen en nada de los investigados en sistemas inertes por la física y química... De hecho, desde la apariencia de la termodinámica, el valor operacional del concepto de la vida ha disminuido continuamente, y su poder de abstracción ha declinado. *Los biólogos ya no estudian hoy la vida*".

Por eso, a pesar del enorme progreso en las ciencias biológicas –en cierto modo precisamente debido a este progreso– hoy sabemos menos y menos lo que es la vida humana. *Ni siquiera sabemos cuando precisamente comienza o termina de existir*. Por eso las decisiones sobre el valor de la vida en determinadas circunstancias (parte esencial de la llamada bioética) no pueden basarse simplemente en los resultados de la investigación científica.

La biología, pues, no sabrá nada de lo que estamos hablando cuando hablamos de la vida humana, pero los biólogos sí lo saben. Lo saben como seres humanos, como personas humanas que ríen y lloran, aman y odian, sueñan y se desesperan, trabajan y descansan, luchan por la justicia y defienden su libertad de investigación, se alegran al reconocer a un amigo o amiga, se aburren de sus deberes administrativos, se asustan de



sus enfermedades, se preocupan por sus descendientes. *Es sobre estas experiencias que estamos hablando cuando hablamos de la vida y de la ética de la vida.* Estas son experiencias inseparables de nuestro sentido de ser *alguien* y

no simplemente *algo*, de poder decir la palabrita *yo* e investirla con una tremenda majestad y una radical vulnerabilidad a la misma vez, de poder sentirse dispuestos a sacrificarlo todo por esa otra palabrita, ese *tú* a quien puedo llamar *mi vida*, formando así un *nosotros* cuyos lazos tratan de conquistar las limitaciones biológicas apuntando a aquel *para siempre* que sostiene la esperanza. Esta es la base de toda sociedad auténticamente humana. La bioética se refiere a esas experiencias, no a ecuaciones y fórmulas. Son esas experiencias las que definen el *ethos de la vida*.

Me viene a la mente la discusión entre el científico Jean-Pierre Changeux y el filósofo católico Paul Ricoeur (publicado como el libro *¿Qué nos hace pensar?*) acerca de la posibilidad de desarrollar una visión científica que pueda incluir en un solo discurso la investigación neuro-biológica y el mundo de la ética y la experiencia religiosa, o sea, una base para el desarrollo de una verdadera bioética. El argumento de Changeux es que la neuro-biología misma podrá algún día proveer la base para esa bioética. Ricoeur, sin embargo, niega esta posibilidad. Según el filósofo, la metodología de la investigación científica actual hace imposible un solo discurso que abrace todas las experiencias de la persona humana, del yo humano.

Desde el principio del pensamiento acerca de lo que es la vida humana, se ha hablado de dos dimensiones para describir y comprender el fenómeno llamado *vida*: la dimensión material y la espiritual, el cuerpo y el alma. Esta división, insiste Ricoeur, no puede ser superada por las ciencias biológicas. *No es que Ricoeur defienda la necesidad de afirmar un dualismo ontológico,*

**LA VIDA HUMANA
ES BILINGÜE,
Y UN IDIOMA NO PUEDE SER
TOTALMENTE REDUCIDO
A OTRO.
LA VERDADERA BIOÉTICA,
POR LO TANTO,
NO PUEDE DESARROLLARSE
EN TÉRMINOS DE SÓLO UNO
DE LOS DOS IDIOMAS,
SINO SOBRE
LAS EXPERIENCIAS
DE LA ÚNICA REALIDAD
QUE LOS HABLA,
LA PERSONA HUMANA.**

es decir, la existencia de dos sustancias diferentes que componen, por decirlo así, lo que es el hombre. El dualismo que Ricoeur defiende es *un dualismo de discursos o narrativas* para explicar lo que es *una sola experiencia, la experiencia de ser un yo humano*, de ser una persona humana y no una red de procesos químicos. De acuerdo a Ricoeur, lo típicamente humano es una sola realidad, pero se necesitan dos "idiomas" para describirlo, y estas dos maneras de hablar no pueden ser reducidas la una a la otra ni separadas totalmente. El discurso científico es necesario para comprender lo que es la vida humana, pero no es suficiente. El afirmar que sólo lo que es resultado de la investigación científica es real es un principio arbitrario. La ciencia bien necesitará este prejuicio para progresar como lo ha hecho en el mundo moderno, pero en esto no hay ninguna razón para limitar lo real a lo que resulte de una investigación científica guiada por tal

metodología. El caer en este prejuicio es no captar la riqueza de las experiencias verdaderamente humanas.

La vida humana es bilingüe, y un idioma no puede ser totalmente reducido a otro. La verdadera bioética, por lo tanto, no puede desarrollarse en términos de sólo uno de los dos idiomas, sino sobre las experiencias de la única realidad que los habla, la persona humana.

El punto de partida de una bioética a la base del diálogo social, es la evaluación de la investigación biológica como *actividad de la persona humana*, del yo humano. Tal evaluación requiere el desarrollo de lo que el Papa Juan Pablo II ha llamado una *antropología adecuada*.

El Santo Padre, en cuyo honor se ha dado su nombre a este Instituto, ha dedicado toda su vida como filósofo y teólogo a la

construcción de tal antropología basada en la experiencia de lo humano. Su firme convicción es que, existiendo la buena voluntad, y excluyendo toda reducción irracional de las diferentes experiencias de la vida humana, esta antropología hace posible un diálogo entre personas de diferentes creencias que responda a las grandes preguntas suscitadas por los nuevos descubrimientos de las ciencias biológicas. El Centro Juan Pablo II aquí en Cuba, y el Congreso que acabamos de celebrar, son un ejemplo de la obra inspirada por el Papa, y a la cual él ha comprometido la Iglesia alrededor del mundo.

La antropología adecuada elaborada por Juan Pablo II es parte de la corriente filosófica llamada *personalismo*, que ha ejercido una gran influencia en el pensamiento católico, especialmente desde antes de la mitad del siglo pasado, culminando con el Concilio Vaticano II, y casi convirtiéndose en la "filosofía" oficial del magisterio durante el papado de Juan Pablo II.

En este punto yo quisiera resumir los puntos principales del personalismo antropológico de Juan Pablo II.

Como hemos dicho, el fenómeno llamado *vida humana*, la base de la bioética, no puede captarse por la inteligencia humana por medio de la reducción intencional que requiere la metodología actual de la investigación científica. Para los que buscan elaborar una bioética que no reduzca la cuestión humana a una lucha entre preferencias arbitrarias, convicciones ideológicas, o prejuicios culturales determinados por procesos de adaptación genéticas a circunstancias particulares, el personalismo católico contemporáneo, del cual la obra filosófica de Juan Pablo II es parte, propone como punto de partida la experiencia común a todos de ser *persona-sujeto libre* de acción, anterior a la formulación de diferentes modelos antropológicos.

La antropología personalista no niega la realidad de una "naturaleza" típicamente

**COMO ACTO HUMANO,
LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA
ES PARTE DE LA BÚSQUEDA
DE LAS RESPUESTAS
A LAS PREGUNTAS FUNDAMENTALES
QUE MUEVEN EL CORAZÓN HUMANO
Y ESTÁN A LA BASE
DE TODA ACCIÓN
AUTÉNTICAMENTE HUMANA:
¿QUIÉN SOY?, ¿POR QUÉ EXISTO?,
¿DE DÓNDE VENGO Y ADÓNDE VOY?,
QUÉ SENTIDO TIENE ESTE MUNDO
EN QUE ME ENCUENTRO?
ESTAS PREGUNTAS CONSTITUYEN
LO QUE SE LLAMA
EL SENTIDO RELIGIOSO.**

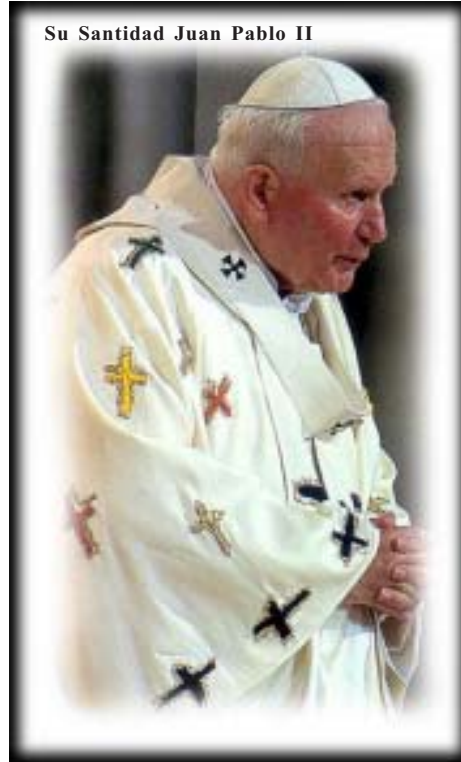


humana común entre todos los hombres y mujeres del mundo y, por lo tanto, realidad que ha servido tradicionalmente como base para la ética propuesta por la Iglesia. El problema con esta posición, según Juan Pablo II, es

precisamente que como algo poseído en común por todos los seres humanos, el concepto de naturaleza humana no puede abrazar las experiencias que caracterizan y distinguen a cada ser humano concreto y específico como sujetos libres de acción. El concepto de la naturaleza humana reduce la persona humana a un ejemplo individual de la especie re-emplazable uno por el otro. Sin embargo, las experiencias originales de la persona humana, las llamadas "necesidades elementales o primordiales del corazón", demuestran que la persona humana no es simplemente sujeto de la existencia, sino que es también sujeto de acciones particulares a través de las cuales se determina a sí mismo libremente, abriéndose a un destino trascendente. Un verdadero diálogo acerca de lo que es la vida humana, es decir, una verdadera bioética, requiere encontrar un *datum* que no pueda reducirse a otro, y que sea lo suficientemente evidente de por sí para poder evitar dogmatismos filosóficos, religiosos, o científicos. Juan Pablo II propone como punto de partida de este diálogo, una reflexión sobre la relación entre persona y acto, entre el yo y sus actos de libre determinación y expresión propias, de lo que se necesita para poder ser plenamente un yo.

En cada acto de esta clase encontraremos, a la misma vez, la experiencia del yo como autor soberano de la acción. A diferencia de las filosofías idealistas, Juan Pablo II insiste en que el yo revelado por la acción no es meramente un sujeto conciente, sino el libre agente de una acción de la cual es enteramente responsable, y que por lo tanto, se convierte en factor decisivo de su auto-determinación. Es este punto el que hace posible captar la vida humana como fenómeno

Su Santidad Juan Pablo II



**EL PUNTO DE PARTIDA
DE UNA BIOÉTICA
A LA BASE DEL DIÁLOGO SOCIAL,
ES LA EVALUACIÓN
DE LA INVESTIGACIÓN BIOLÓGICA
COMO ACTIVIDAD
DE LA PERSONA HUMANA,
DEL YO HUMANO.
TAL EVALUACIÓN REQUIERE
EL DESARROLLO
DE LO QUE EL PAPA
JUAN PABLO II HA LLAMADO
UNA ANTROPOLOGÍA ADECUADA.**

que va más allá de los procesos naturales que atan el ser humano al resto de la naturaleza y que, por lo tanto, no tienen ninguna significación ética. El yo humano no es simplemente el resultado pasivo de todas sus acciones, sino su autor que se constituye libremente a sí mismo a través de estas. Esta acción es la que *personaliza* los factores materiales a través de los cuales se realiza la acción, factores como por ejemplo el cuerpo humano, haciendo de estos expresión de la persona-sujeto incorporándolos así al mundo de la ética.

Ahora bien, *como un acto de la persona humana, la investigación científica expresa inevitablemente un juicio acerca del significado o valor de la vida –es decir, la investigación científica es expresión del ethos humano, y por lo tanto, no puede separarse de la ética como si fuera algo totalmente neutral ante el juicio de lo que es bueno o malo, justo o injusto. La reflexión acerca de la investigación científica como acto de la persona humana, abierta a todas sus dimensiones sin ninguna reducción a priori, es capaz de proveer una base para el diálogo abierto a todas las preocupaciones de los participantes.*

Como acto humano, la investigación científica es parte de la búsqueda de las respuestas a las *preguntas fundamentales* que mueven el corazón humano y están en la base de toda acción auténticamente humana: *¿quién soy?, ¿por qué existo?, ¿de dónde vengo y adónde voy?, ¿qué sentido tiene este mundo en que me encuentro?* Estas preguntas constituyen lo que se llama el *sentido religioso*. Las religiones del mundo son formas de búsqueda de respuesta a estas preguntas fundamentales que inspiran todos los actos auténticamente humanos. Por lo tanto, *la investigación científica y la religión tienen el mismo origen*, lo que hace posible un diálogo que no requiere la oposición entre estas dos expresiones de las mismas experiencias fundamentales de la persona humana.

Juan Pablo II construye su antropología adecuada a través de una reflexión acerca de las experiencias humanas que suscitan estas preguntas fundamentales. Mas precisamente, la antropología adecuada se construye a través de un análisis fenomenológico de las experiencias originarias de la persona humana, las experiencias que están en la base de las preguntas que constituyen el sentido religioso. Estas experiencias son experiencias de una necesidad radical en el centro de la vida humana llamada por Juan Pablo II la *soledad originaria*. Como originaria, esta soledad está en la base de todo acto puramente humano, incluyendo la investigación científica.

Mas aún, reflexionando acerca de esta experiencia de soledad originaria según la expresan los relatos acerca de la creación en el libro del Génesis, Juan Pablo II subraya que es en *su relación con la naturaleza* incluyendo la investigación científica que el ser humano experimenta esta soledad originaria.

Para Juan Pablo II la soledad originaria implica la *diferencia entre la persona humana y el resto de la creación*. Implica, es decir, la imposibilidad de reducir al hombre a una realidad como cualquier otra en la naturaleza. Es aquí donde comienza la división entre los dos discursos que subrayaba Ricoeur. La persona humana apunta a una dimensión que requiere un discurso totalmente diferente al de la investigación científica y la necesidad de esa otra dimensión se descubre en la inhabilidad de la investigación científica de responder a las preguntas que definen el sentido religioso. Es decir, la reflexión acerca de la investigación científica como acto humano puede llevarnos a descubrir la realidad de esta soledad originaria que está a la base de lo que distingue a la persona humana del resto de la creación y por lo cual la biología no puede dar una respuesta completa a la interrogante acerca de lo que es la vida humana como tal.

La experiencia de la soledad originaria como base de lo que define la persona



humana como algo único e irreplicable en medio de la creación es también la base para afirmar la *trascendencia de la persona humana*. La experiencia de la soledad humana (que, recordemos, esta en la base de la investigación científica como acto humano) implica que la persona humana, la vida como propiamente humana, no se puede comprender sin un discurso que exprese una capacidad de trascendencia, una orientación de la persona humana hacia el infinito, hacia lo que el sentido religioso llama el Misterio Infinito. Este discurso es uno que ve las realidades materiales como *símbolos del Misterio Infinito que no puede ser totalmente captado por conceptos intelectuales, y menos por ecuaciones y fórmulas*. Este lenguaje simbólico es el que corresponde al discurso filosófico o religioso. Conviene insistir en que este lenguaje no *habla de otro mundo* añadido al que investiga la ciencia, sino al significado último del mismo mundo sujeto a la investigación científica. Es cuestión de penetrar a un nivel más profundo de lo que alcanzan las ciencias, el nivel propiamente llamado la *interioridad*. Es esta interioridad de la vida humana lo que la investigación científica por sí sola no puede captar *pero que está en la base de su realidad* como acto de la persona humana.

Por otro lado, la experiencia de la soledad originaria, revelando la insuficiencia de la persona humana para encontrar su plena expresión en el mundo que investiga, es la base para descubrir la realidad de la libertad humana, ya que impulsa al hombre a la búsqueda de la plena satisfacción de los deseos primordiales de su corazón.

En cuanto a la biología se refiere, es interesante la observación de Juan Pablo II de que la experiencia de la soledad originaria no es una experiencia puramente espiritual, sino una *consecuencia de la experiencia de nuestra materialidad, en particular, una experiencia del cuerpo humano*. (Recuerdo

aquí la frase atribuida a Etienne Gilson: para captar lo que es la realidad humana es necesario afirmar, a la misma vez, "la corporalidad de la persona y la personalidad del cuerpo"). La experiencia de la soledad originaria es la *experiencia del significado del cuerpo humano* –o, más precisamente, es la experiencia del significado en y a través del cuerpo humano. Mas aún, Juan Pablo II insiste en que la experiencia de la soledad originaria, es decir, la experiencia que define la vida de la persona humana, es transmitida (por decirlo así) por la experiencia de la sexualidad humana.

La sexualidad humana, afirma el Papa, es totalmente diferente a la de los animales, y por eso, los autores de los relatos de la creación en la Biblia (independientemente elaborados) no se molestan ni en mencionar la diferencia sexual entre los animales, cuyo propósito no tiene ningún significado sino la

**LA ANTROPOLOGÍA ADECUADA
ELABORADA POR JUAN PABLO II
ES PARTE DE LA CORRIENTE
FILOSÓFICA LLAMADA
PERSONALISMO,
QUE HA EJERCIDO
UNA GRAN INFLUENCIA
EN EL PENSAMIENTO CATÓLICO,
ESPECIALMENTE DESDE ANTES
DE LA MITAD DEL SIGLO PASADO,
CULMINANDO
CON EL CONCILIO VATICANO II,
Y CASI CONVIRTIÉNDOSE
EN LA "FILOSOFÍA" OFICIAL
DEL MAGISTERIO DURANTE
EL PAPA DE JUAN PABLO II.**

supervivencia de la especie. En lugar de argumentar que la sexualidad y el cuerpo es algo que nos une a los animales, Juan Pablo II insiste en que la antropología adecuada es *precisamente la sexualidad y el cuerpo humano lo que diferencia a la persona humana del resto de la creación*. Y esto precisamente porque el cuerpo humano, a través de la diferencia sexual, revelando la soledad original, adquiere un significado que apunta hacia el Misterio Infinito.

En resumen, *la experiencia humana de la corporalidad es una experiencia de significado que impacta y mueve a la persona humana a responder como sujeto de una acción libre*. Esta, podría decirse, es la base de la bioética sugerida por la antropología adecuada propuesta por Juan Pablo II como base de un diálogo social.

Falta un punto más. Al promover el diálogo acerca de la bioética basado en una antropología adecuada, la Iglesia, como Juan Pablo II, no busca reconocimiento de su contribución a la vida social. La Iglesia no se presenta ante el mundo como una institución académica o un círculo filosófico y mucho menos científico. Para Juan Pablo II y la Iglesia, su propuesta antropológica se origina en la fe en Cristo. La pasión por el bien de la persona humana se origina en el asombro ante la revelación de que lo humano ha sido la forma en que el Misterio llamado Dios se ha hecho presente en el mundo, y que el cosmos ha sido creado precisamente para que ocurriera esta Encarnación como revelación libre de un Amor Infinito. De esta convicción nace un humanismo que, como dijo Pablo VI al concluir la última sesión del Concilio Vaticano II, *adora al hombre* aún más que cualquier otro humanismo. Esta es la razón por la pasión que sienten los creadores de este Centro para contribuir al bien de la sociedad cubana actual sin pretensiones políticas o ideológicas. La enseñanza del Vaticano II más adentrada en el corazón de Juan Pablo II es lo que dice la Constitución



Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Moderno, la famosa *Gaudium et Spes*, en su párrafo número 22, donde proclama que es en el misterio de Cristo que el ser humano descubre la verdad total acerca de su humanidad. Y, en cuanto a la ética de la vida se refiere, no olvidemos que ese Cristo que es la Encarnación del Misterio que puede satisfacer todos los deseos del corazón humano y llenar totalmente el vacío de la soledad originaria, se identificó a sí mismo como “el Camino, la Verdad y la Vida”. La Iglesia no pretende otra cosa que dar testimonio de esta Vida, según escribió el autor de la primera epístola de San Juan: *lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos, acerca de la Palabra de Vida –pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio.* Ω

Muchas gracias